
sucedió al del señor de Villèle en 1828, prescindió de sus servicios oficiales.

⁵ Sustantivo femenino. Littré, en su *Diccionario de la lengua francesa*, no cita sino dos ejemplos extraídos de Courier. Es un arcaísmo de la palabra cuota que, en términos de administración, significa parte impuesta a cada contribuyente (cuota mobiliaria, cuota de bienes raíces, etcétera).

⁶ Es decir, la condesa del Cayla, favorita de Luis XVIII.

⁷ Alusión al extracto de las memorias que Savary, duque de Rovigo, publicó en 1823 sobre la ejecución del duque de Enghien, en la cual había tomado parte como coronel de los gendarmes de élite del primer cónsul.

⁸ Courier quiere hablar aquí de Frayssinous, obispo de Hermópolis, ministro de la instrucción pública bajo la Restauración.

⁹ Palabras tomadas del Evangelio según san Mateo (cap. XXVI, versículo 39): “*Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste...*”

La cultura de los estudios culturales

Alan Wolfe

Tomado de *Partisan Review* 3, vol. LXIII, núm. 3, Boston University, 1996, pp. 485-493. Traducción de Marie Alsace Galindo Roel.

Los estudios culturales, que siguen la teoría literaria francesa y el nuevo historicismo, han invadido las facultades de humanidades de Estados Unidos. Inspirados principalmente por escritores británicos como Raymond Williams, Richard Hoggart y Stuart Hall, examinan los modos en los que la cultura popular da forma a la percepción que la gente común tiene del mundo, y cómo ésta aporta herramientas de “resistencia” contra las jerarquías del capitalismo avanzado. A pesar de tomar elementos de los pensadores continentales, especialmente Pierre Bourdieu y Michel Foucault —sin mencionar a los teóricos de la escuela de Frankfurt— al ser comparados con la lógica determinista del postestructuralismo, los estudios culturales son frescamente humanísticos. Son menos pomposos y en ocasiones hasta muestran tener sentido del humor y reconocen la importancia de escribir de una forma accesible para los legos.

El surgimiento de los estudios culturales es una reacción entre quienes están metidos en la política contra el derrotismo inherente al postestructuralismo. Los practicantes de la alta teoría dentro de la izquierda académica tienden a ser elitistas; como profesionistas especializados tienden al profesionalismo académico y a la especulación viciada. En contraste, los adeptos a los estudios culturales son populistas, y se les encuentra en las universidades de menor prestigio. Están comprometidos no con el seminario didáctico, sino con



Generalmente en los estudios culturales no se encuentran esfuerzos tortuosos para justificar la imposibilidad de la justificación, como sucede en la posmodernidad y sus variantes.

Sólo por esto, su falta de pretensiones filosóficas es una ventaja; rara vez afirman ser algo más que un esfuerzo por mantener viva a la política "progresista" dentro de la facultad y los estudiantes.

la politización explícita del salón de clases. Mientras el típico objetivo académico de aquéllos es leer una sola fuente, generalmente escrita, profunda y cabalmente, éstos brincan de una fuente (generalmente visual) a otra, creando conexiones sorprendentes entre ellas, aunque no siempre sensatas. Si bien los deconstruccionistas y otros altos teóricos encuentran aliados en las facultades de filosofía, los estudios culturales alcanzan a la sociología, la antropología, los estudios filmicos, la comunicación y las escuelas de educación. Para los primeros, el multiculturalismo era principalmente epistemológico con raíces en la teoría sobre la perspectiva del otro; para los segundos, el multiculturalismo se aproxima más a una maquinaria política étnicamente balanceada. Es más probable que los entusiastas de los estudios culturales escriban acerca de la música rap, Malcolm X o los anuncios de Nike, a que elaboren comentarios sobre De Man o Heidegger.

Hay una generación perdida en los estudiosos culturales. Algunos de sus representantes destacados, como Stanley Aronowitz, fueron activistas políticos en los sesenta o inclusive antes. Otros son mucho más jóvenes: Andrew Ross y Michael Bérubé eran niños cuando reinó Berkeley. Los estudios culturales combinan a aquellos que nunca perdieron su gusto por el marxismo, con aquellos para quienes el marxismo permaneció como el fruto doblemente prohibido: despreciado por la cultura como un todo y por los académicos izquierdistas más atraídos por la teoría que por el compromiso político. Considerando a la raza y al género categorías de opresión tan importantes como la clase, los estudios culturales se ocupan de la cultura del siglo XXI, mientras mantienen la política del siglo XIX. Su producto cultural ideal es la ciencia ficción o el ciberespacio, mientras que el concepto político ideal es la lucha de clases o la noción de Gramsci de la hegemonía.

Generalmente en los estudios culturales no se encuentran esfuerzos tortuosos para justificar la imposibilidad de la justificación, como sucede en la posmodernidad y sus variantes. Sólo por esto, su falta de pretensiones filosóficas es una ventaja; rara vez afirman ser algo más que un esfuerzo por mantener viva a la política "progresista" dentro de la facultad y los estudiantes. Pero la conciencia marxista de los estudios culturales es también una singularidad en un mundo posmarxista. Su importancia no radica en su crítica a la cultura popular, sino en su gran disposición por aceptarla y celebrarla. Con ello, concluyen una era en la cual los intelectuales sentían una responsabilidad de servir como partido opositor al capitalismo, aliados de una clase obrera que eligió evitarse esta responsabilidad.

Los fantasmas de los intelectuales antiestalinistas de los treinta, cuarenta y cincuenta persiguen a los estudios culturales. Ellos también sintieron una tensión entre sus compromisos políticos y culturales. Esta tensión eventualmente se resolvió cuando su gusto por la alta cultura debilitó sus inclinaciones hacia el marxismo hasta el punto de borrarlas. Los estudios culturales se confrontan con la siguiente elección: el marxismo se mantendrá vivo reconociendo los logros de lo que solía llamarse sociedad de masas. Aunque las sociedades posteriores acusaron a los antiestalinistas de haberse integrado al capitalismo, sus predisposiciones culturales mantuvieron

una tendencia radical: uno siempre pudo distanciarse de las comodidades efímeras del mercado, al sentirse atraído por un patrón estético más elevado.

A pesar de ser políticamente radicales, los estudios culturales no ofrecen un punto de vista cultural desde el cual el capitalismo pueda ser criticado. Su apoyo a la cultura de masas se convierte así en una justificación del capitalismo contra el cual supuestamente luchan. Al final, sólo hablan en nombre de lo que sus académicos tengan que decir. Y ellos, a su vez, no tienen nada crítico que decir. Inspirados por su oposición al desinterés político de la alta teoría, demuestran el inevitable desinterés político de la pobre praxis. La arrogancia de la deconstrucción y los populistas, las humanidades en Estados Unidos, dominadas predominantemente por izquierdistas, notablemente contienen poca tendencia izquierdista.

Los intelectuales de la guerra fría pueden haber tenido defectos, pero entre ellos no figuraba el odio a sí mismos. Los definía su respeto al intelecto. Aquel intelectual generalmente acusado de su entusiasmo por unirse a los ataques contra la sociedad estadounidense, Dwight Macdonald, fue el primero en despreciar la cultura producida por los no intelectuales. (Él lo sabía, pues había trabajado para ellos.) Bajo el cada vez más tenaz compromiso con el socialismo por parte de éstos se encontraba una pesadilla peor que el capitalismo: una sociedad en la cual las masas no tuvieran respeto por la vida intelectual.

Los estudios culturales no toman como premisa la falta de respeto de la cultura hacia los intelectuales sino la falta de respeto de los intelectuales por la cultura. Según Andrew Ross, si bien los intelectuales de la guerra fría se alejaron de la “crítica neoaristocrática de la cultura de masas” asociada con Eliot u Ortega, mantuvieron sin embargo un fuerte temor de que la cultura popular “se prestase a cada vez mayores formas de control social y a una creciente monopolización de todos los canales de opinión e información”. Esta visión unilateral, continúa Ross, se olvida de “los resentimientos causados por la subordinación y la exclusión” encarnados generalmente en los productos de la cultura popular. No hay ningún secreto por el cual los intelectuales cometan este error; les gusta ver al mundo de una forma racional y con sentido. Lo popular, en cambio, “es tal vez aquel campo en el cual es menos probable que los intelectuales sean expertos”.

El respeto por la cultura trae consigo, inevitablemente, una cierta falta de respeto por el intelecto. Esto no sólo es aceptable, puede inclusive ser una ventaja. La izquierda, ante todo, debe ser popular, escribe Bérubé: “una izquierda que se sitúa seguramente por encima de las películas estúpidas y reaccionarias y sus significados estúpidos y reaccionarios, puede ser —y ha sido— fácilmente ridiculizada como una izquierda ‘políticamente correcta’ formada por sombríos moralistas faltos de humor”. Andrew Ross es aún más explícito al describir la actitud de la izquierda hacia los estúpidos. Una nueva generación de intelectuales de izquierda se halla frente a una tarea nueva y contradictoria: “fomentar la resistencia contra los privilegios de la ‘inteligencia’”, aun cuando al hacerlo, “se topen de frente contra el orden del capital cultural que es la base de su propia autoridad como contendientes en el mundo social”.

Los estudios culturales no toman como premisa la falta de respeto de la cultura hacia los intelectuales sino la falta de respeto de los intelectuales por la cultura.



Los entusiastas de los estudios culturales son los primeros en admitir que la cultura popular no siempre es bonita; sus imágenes pueden ser violentas, pornográficas, racistas y bélicas, y causar daño real a personas reales. Pero lo popular debe ser respetado por sí mismo; si un producto se vende, entonces tiene algo.

En esta campaña contra el intelecto, nada es demasiado simple para los estudios culturales. Novelas románticas, viaje a las estrellas, el *heavy metal*, Disneylandia, el rock punk, la lucha libre, Malcolm X, *Dallas*; el espíritu de su empresa es demostrar que todo lo que la élite cultural desprecie puede ser potencialmente subversivo. El himno es “atropellar a Beethoven”; todo lo que los *literati* alguna vez criticaron, los estudios culturales lo defenderán. Si las cartas de Rosenberg a Leslie Fiedler y Robert Worshaw representaron una irresistible combinación de clichés marxistas y de *kitsch* cultural, entonces cabe mencionar, como lo hace Andrew Ross, que esas cartas “retan a quien asume que las afirmaciones políticas efectivas no pueden ser redactadas en un lenguaje al que le falte el aura de posteridad, y que, por lo tanto, para ser persuasivos, los mensajes requieren de intelectos entrenados o populistas retóricos”. Si los centros comerciales eran para una generación previa de marxistas símbolos del fetichismo de las comodidades, entonces los abogados contemporáneos de los estudios culturales, como Meaghan Morris, los encuentran “abrumadoramente y constitutivamente paradójicos”, encarnando por una parte uniformidad y, por la otra, una tendencia a “disolverse en cualquier momento en una fluidez e indeterminación que bien podría satisfacer el delirio de cualquier filósofo de una feminidad abstracta...” Rambo puede ser visto como poco más que una maquinita de dinero, pero también representa, arguye William Warner, la vulnerabilidad del varón norteamericano en un tiempo en el cual la masculinidad se pone en cuestión; además, como escribe Douglas Kellner, tiene “pelo largo, una banda en la frente, sólo come comida natural... está cerca de la naturaleza, odia la burocracia, el estado y la tecnología...”

Los entusiastas de los estudios culturales son los primeros en admitir que la cultura popular no siempre es bonita; sus imágenes pueden ser violentas, pornográficas, racistas y bélicas, y causar daño real a personas reales. Pero lo popular debe ser respetado por sí mismo; si un producto se vende, entonces tiene *algo*. Hay un elemento de realismo en esta simpatía por lo popular, a diferencia de algunas feministas que están contra la pornografía, que sólo quieren desaparecer una fealdad que no les gusta (y que por ello, según Ross, suenan como los intelectuales de la guerra fría de una generación previa). Los escritores en la tradición de los estudios culturales son más propensos a tratar de descubrir por qué la pornografía genera interés, y no sólo en los hombres.

Sin embargo, esta investigación a menudo requiere de una gimnasia complicada. Y a decir verdad, los estudios culturales dieron un gran tropezón. Decir, como tantos escritores de esta corriente lo hacen, que Madonna sirve a los fines feministas al jugar con la frontera entre lo masculino y lo femenino, representa poco más que envidia a la celebridad. Partiendo de esa postura, prácticamente se está simpatizando con el sadomasoquismo o inclusive el argumento de Shannon Bell, quien piensa que las críticas feministas a la prostitución, la forma última de la degradación femenina, calma a las prostitutas al insistir en que existe una diferencia entre el sexo lícito y el ilícito.

Tal vez el más doloroso ejemplo de la inhabilidad de los estudios culturales para manejar la fealdad sea el tratamiento que da Bell

Hook al *rap gangsta*. Ella sostiene que las feministas deben ser fieras y audaces en su condena a los raperos negros que predicán la violencia contra las mujeres. Pero deberíamos asimismo reconocer que la estructura blanca del poder tiene un interés en que la música negra “sacuda y cree controversia para ser atractiva al público”. Los *raperos gangsta* son tan sólo víctimas de las maquinaciones de las élites blancas. Por ello, como concluye Hooks sin elegancia,

nuestras críticas feministas del sexismo masculino de negros fallan como intervenciones políticas significantes si buscan satanizar a los varones negros, y no reconocen que nuestro trabajo revolucionario consiste en transformar el patriarcado suprematista blanco en todos los campos donde se manifiesta, ya sea en el *rap gangsta*, la iglesia negra o la administración de Clinton.

Agonías de este tipo son producto de la certeza que tienen los estudios culturales de que la cultura popular es popular. Pero ¿cómo sabemos que lo es? El simple hecho de que la gente compre algo no necesariamente significa que les guste o que siquiera lo usen. La sociología de lo popular es *terra incognita*. Desde los días de Paul Lazarsfeld, los sociólogos han tratado de entender el fenómeno de los públicos masivos con poco éxito. Pero los entusiastas de los estudios culturales, no limitados por la necesidad de datos de los sociólogos, tejen interpretaciones llenas de imaginación sobre lo que la revista *Hustler* o la iconografía en torno al SIDA significan para aquellos que las leen. Si tan sólo lo supiéramos. El hecho es que hay pocas bases para concluir que la cultura popular es una fuente de resistencia al orden dominante como para creer que es un apoyo al mismo. Los estudios culturales “suceden” cuando los profesores de literatura se meten en el campo de los sociólogos sin un mapa.

Por eso los estudios culturales toman mucho más en serio la popularidad de la cultura popular que quienes se dedican a estudiarla. Quienes escriben telenovelas y rock punk comercial están movidos por poco más que su implacable búsqueda de algo que se convertirá en una ganancia económica. Posmodernistas a su manera, operan sin principios verdaderos y no se apegan a teorías de la naturaleza humana ni a la organización adecuada de la sociedad. Ellos serían los primeros en reconocer que su mensaje no es otro que una diferenciación de productos hecha a medias tintas. Nunca pueden estar seguros de si sus aportaciones a la cultura popular lograrán superar el basurero y llegar a las tiendas de videos. Cuando sus productos tienen éxito, generalmente no saben por qué. Si estuviesen interesados —y generalmente no lo están—, podrían consultar a los defensores de los estudios culturales, los cuales están ocupados tratando de dar un significado y un razonamiento a su trabajo que ni ellos poseen.

Los estudios culturales se convierten así en un partido de vanguardia para la élite de los medios de comunicación. En Australia, donde florecen, sus entusiastas, al no encontrar trabajos en las universidades, según Meaghan Morris, “se ven obligados a trabajar en los medios de comunicación, en la burocracia, o, cada vez más, en el

Por eso los estudios culturales toman mucho más en serio la popularidad de la cultura popular que quienes se dedican a estudiarla.



Los estudios culturales quieren algo aún más ambicioso que una escapada al territorio enemigo. Los marxistas pensaban que una clase podría eliminar todas las clases; los intelectuales de los estudios culturales quieren ver un mundo sin intelectuales. Esto es odio a sí mismos con ánimo revanchista.

sector privado...” Tal cambio de ocupaciones aún no sucede en Estados Unidos, pero algún día ocurrirá seguramente. “Una izquierda consciente de los medios, una izquierda que sabe apropiarse y reapropiarse de los signos sociales, será capaz de arrebatar los significados culturales a la nueva derecha en su propio territorio”, escribe Bérubé. ¿Por qué esperar? Los estudios culturales pueden empezar a presentarse a sí mismos con las maneras de los medios masivos de comunicación: sus libros, *sound-byte scholarship*, tienden a ser recopilaciones de pequeños artículos más que argumentos sostenidos; sus títulos intentan llamar la atención (“Pop Goes the Academy: Cult Studs Fight the Power”); su lenguaje se esfuerza, aun cuando a menudo no llega a alcanzar *inside-dopeterism*; sus conferencias suelen llenarse, y se presentan los equivalentes académicos de las estrellas de rock; se favorecen las ilustraciones y los empaques de los libros son llamativos; y el tratamiento de lo que está bajo investigación parece antes una revista de *fans* que una encuesta desinteresada. Esto no es un esfuerzo por estudiar los medios masivos sino por imitarlos.

Porque el trabajo en los medios se parece, aun superficialmente, al trabajo de intelectuales y académicos. Desde hace tiempo se da una atracción y repulsión simultánea entre ambas vocaciones. Pero mientras Dwight Macdonald y Daniel Bell dejaron el mundo de Luce por la escritura independiente o por la academia, los estudios culturales se esfuerzan por transformar la academia en una producción para el mercado masivo. Los intelectuales, escribe Andrew Ross, son aquellos que

patrullan las fronteras siempre cambiantes entre el gusto popular y el gusto legítimo, que supervisan los pasaportes, las visas temporales, las identidades culturales, los amenazantes elementos “ajenos”, y las órdenes de deportación, y que ocasionalmente se dan sus escapadas al otro lado de la frontera.

Los estudios culturales quieren algo aún más ambicioso que una escapada al territorio enemigo. Los marxistas pensaban que una clase podría eliminar todas las clases; los intelectuales de los estudios culturales quieren ver un mundo sin intelectuales. Esto es odio a sí mismos con ánimo revanchista.

Uno podría pensar que la sociedad en Estados Unidos ya ha creado un mundo en el que los intelectuales no existen. No es necesario evocar nostalgia por una época dorada de los intelectuales para reconocer que los críticos de hoy no tienen ni los conocimientos ni el público de una generación previa. Un miembro de ésta, Richard Hofstadter, hizo lo indecible por demostrar que Estados Unidos nunca ha sido un país particularmente atraído por las ideas intelectuales. Pero el antintelectualismo, en su tratamiento, era un movimiento de derecha. Sin duda él mismo sería el más sorprendido al ver un franco antintelectualismo naciendo de la izquierda académica.

Los estudios culturales se acercan al debate sobre si son políticamente correctos o no quitándole todo su contenido, concibiéndolo como un problema de retórica, estrategia e imagen. Quienes se apegan a ellos creen que la derecha logra transmitir mejor sus puntos no

porque su crítica sea precisa, sino porque está unida y nunca concede un punto. La izquierda fracasa en su estrategia porque no entiende que la derecha juega con reglas duras que incomodan a los izquierdistas bienintencionados; la derecha miente, mientras que la izquierda no. Así, todo se reduce a una cuestión de imagen: la izquierda simplemente debe hacer un mejor trabajo explicando su posición. Este tipo de análisis no es convincente porque ignora la realidad: en la universidad de Texas en realidad hubo un esfuerzo de convertir una clase de composición de inglés en una discusión sobre discriminación racial, mientras que un profesor de la universidad de New Hampshire fue realmente llevado a corte con cargos por acoso sexual por un comentario en el salón de clases. Pero eso es sólo parte de su debilidad. La mayor paradoja en su defensa contra las críticas en torno a lo políticamente correctos que son, es la siguiente: al defender la cultura popular con tanto ahínco, ¿cómo pueden los estudios culturales defender una institución como la universidad, que existe, al menos en teoría, para promover la vida del intelecto?

Lo que pudiera parecer una contradicción se resuelve cuando uno examina la manera en que los estudios culturales se defienden. Bérubé, quien arguye que la izquierda se equivoca al defender a una alta cultura inteligente por encima de una baja cultura popular, se da la vuelta y acusa a la derecha de antintelectualista por su desdén hacia la teoría literaria de vanguardia. Sin duda es una rara sensibilidad la suya al afirmar que los escritos académicos encarnan mejor la vida de la mente que, por ejemplo, la poesía de Eliot o de Pound. Paul Lauter escribe: “justamente porque tengo una cierta fe en el valor del trabajo intelectual y en la academia, es que he ayudado a formar una organización cuyo nombre, Unión de los Intelectuales Democráticos, a algunos les parece perverso”. Pero resulta que hasta esa “cierta” fe está comprometida; para él, el trabajo intelectual “no termina con la última nota al pie. Nos lleva a las comunidades, a la política; en breve, a organizar”. A través de argumentos como éste, lo que parecía ser una contradicción, resulta no serlo más; la defensa que hacen los estudios culturales de la educación superior, no es un argumento en pro de la inteligencia, sino de la escolástica académica, por una parte; y por la otra, de la posibilidad de organizar políticamente. Es justo, por el hecho de que suceden cosas tan poco inteligentes en las universidades, que un movimiento como los estudios culturales —que alaba a los menos inteligentes—, pueda apoyarlos con tanto entusiasmo.

Una de las ideas ofrecida por la generación previa de intelectuales que causó más controversia fue la noción de que las culturas occidentales habían llegado a “un final de la ideología”. Para un radical de los años sesenta como yo, la idea resultaba ridícula. Mira a tu alrededor, nos decíamos unos a otros, hay ideología por doquier. El que los mayores no pudieran darse cuenta de eso era tan sólo una prueba de que se habían resignado a ser neoconservadores. Hasta la fecha, sigo teniendo la incertidumbre de si “el final de la ideología” es una realidad o no, y no me quiero siquiera preguntar si es algo bueno. Quienes apoyan los estudios culturales no comparten mi ambivalencia; para ellos, el fin de la ideología ha llegado, y debemos darle la bienvenida.

Una de las ideas ofrecida por la generación previa de intelectuales que causó más controversia fue la noción de que las culturas occidentales habían llegado a “un final de la ideología”. Para un radical de los años sesenta como yo, la idea resultaba ridícula. Mira a tu alrededor, nos decíamos unos a otros, hay ideología por doquier.



Pero los estudios culturales se están engañando a sí mismos. La cultura popular no tiene cabida para los intelectuales, aun cuando se trate de intelectuales que se agasajan en ella. Fue trágico que los marxistas clásicos pensasen que podrían montar el lomo de la clase obrera rumbo al poder. El que profesores de literatura puedan montar el lomo de los lectores de comics rumbo al poder es ridículo.



**DESLINDE DE
RESPONSABILIDADES**

La capa de la oposición ya no se sostiene en los hombros de una vanguardia autónoma [comenta Andrew Ross en un lenguaje que recuerda los años cincuenta] Ni los intelectuales metropolitanos de élite que ocupaban el puesto tradicional de creadores de gusto o líderes de opinión, ni los neobohemios románticos que dieron forma a la heroica imagen nietzscheana de disidente independiente [...] ni los cadetes del partido orgánico, a quienes Lenin dio forma tomando como modelo al “revolucionario profesional” pueden servir de fuerza de resistencia al capitalismo avanzado.

Haciéndose eco de Daniel Bell, Ross encuentra esperanza en un solo lugar: “han sido los intelectuales científicos quienes han estado al frente de este activismo profesional”.

No hay razón alguna, a decir de Ross, para lamentar el fin de la ideología y, con él, la desaparición de lo que él llama “el intelectual universal”. Las disputas del futuro estarán relacionadas con el cuerpo, no con la mente, y las nuevas políticas de identidad —en especial los movimientos en torno a *gays*, mujeres y negros— son de naturaleza primordialmente corporal. La mejor opción de los académicos ante tales circunstancias es descartar sus creencias obsoletas de la separación mente-cuerpo y del conocimiento puro, y sumarse a la acción. Hasta el partido de vanguardia debe desaparecer; de hecho, como señala Michael Bérubé, también desaparecerá la mayoría de los elementos del marxismo clásico, dejando sólo un “marxismo *lite* descafeinado, sin azúcar, bajo en colesterol y sin grasas...” Pero los estudios culturales se están engañando a sí mismos. La cultura popular no tiene cabida para los intelectuales, aun cuando se trate de intelectuales que se agasajan en ella. Fue trágico que los marxistas clásicos pensasen que podrían montar el lomo de la clase obrera rumbo al poder. El que profesores de literatura puedan montar el lomo de los lectores de *comics* rumbo al poder es ridículo.

Llegará el día en que los conservadores descubran el *boom* de los estudios culturales, pero espero que reconozcan cuán profundamente conservadores son los estudios culturales en realidad. Los intelectuales sólo tienen una forma de influir en el rumbo que toma su sociedad: utilizar su cerebro para entender cómo nos hemos convertido en la sociedad que somos. Cualquier movimiento intelectual que desprecie el intelecto desprecia su propia influencia. Los estudios culturales anuncian lo que ha sido obvio desde hace algún tiempo: la izquierda norteamericana, al encontrarse cómodamente al margen de la responsabilidad, preferiría unirse a la cultura antes que pelear contra ella.